Los afiebrados silencios

Solana Gilardi
I Edición
2018

editorial equinoXio
La Editorial que Imprime Sueños

Título: Los afiebrados silencios
Autora: Solana Gilardi
Primera edición: 2018

Edición: **Editorial Equinoxio**
Domicilio: Juan Vucetich 3053 – Sexta Sección
Ciudad de Mendoza – Mendoza – Argentina
email: editorialequinoxio@gmail.com
Atención telefónica: 0261-686 4319 y 0261-471 5388
Seguinos en Facebook: Editorial Equinoxio
Diseño y Diagramación Digital: Editorial Equinoxio
Impresión digital: **Editorial Equinoxio**
Editor Responsable: Sergio Bacchini Mansilla
Diseño de Tapa: Equipo Editorial EquinoXio
Diseño interior de la edición: Sergio Bacchini Mansilla
Revisión de Edición: Nora Patricia Trigo

Impreso en la Ciudad de Mendoza - Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN:
Fecha de Catalogación:
Cantidad de ejemplares: 500
Cantidad de páginas: 72
Código Editorial: E-486-18

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita de/los titulares del “copyright” bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la duplicación y el tratamiento informático, la distribución de ejemplares de esta mediante alquiler o préstamo público.
Este libro se ha terminado de imprimir en el Centro Digital de la Editorial Equinoxio en Mendoza a los ... días del mes de setiembre de 2018.

editorial equinoXio
La Editorial que Imprime Sueños

Prólogo

¿Acaso no depende todo de nuestra
manera de interpretar el silencio
que nos rodea?.

Lawrence Durrell

Los afiebrados silencios

I

Estuve ya no se con exactitud cuánto tiempo parada frente a la ventana del comedor que daba al jardín de mi casa; con la mirada suspendida en algún punto del aire... tan sólo ejercitando los hilos de mi memoria. Recuerdos persistentes ante la insistencia de una vida colmada de un pasado sin memoria. De pronto un viento rompió con fuerza uno de los vidrios.

Un aroma a chocolatada caliente, que provenía de la calle, impregnó casi todos mis sentidos. Luego de algunos minutos me encontré sentada dentro del café bar "Las Lomas". Poseía una infraestructura antigua y de encuadre ovalado. Mientras esperaba que la empleada me atendiera, observé una pareja de novios. Había tantos momentos de silencios entre ellos y escasos instantes de diálogos. Al chocar sus miradas... el fuego de la indiferencia y el desacuerdo. De

inmediato me vi en los años de mi juventud junto a Julio. Aquellos momentos previos al casamiento donde aún no se vislumbraba la incontenible oscuridad. El corazón se impuso salvajemente. En medio del inmenso torrente resplandecía día a día el amor; esa fuerza que se revelaba contra la razón, habitaba en los recintos desde la piel al alma sin motivo ni explicación, amanecía aún con lunas grises y violento rencor, surgía en la sabiduría del tiempo para deshacerse en las vísperas de un otoño a destiempo, peleaba por permanecer a pesar de la incredulidad de los necios.

Frente a frente...con ese abrazo impulsivo que no se hizo esperar. Esa noche empezó nuestra vida: cruda, violenta, apacible, expresiva, de cenizas, de mar. Los instantes se volvían carne en la piel de ambos. El viento helado de mediados de agosto atravesaba con fuerza las ventanillas del auto. Su sola presencia, lograba lo imposible en mí. Me enseñaba a pensar en el amor desde un estado de completa gracia. Su pasión

instintiva apagaba mis desdichas. Sin embargo, esa noche, me resultó imposible pensar en otra cosa que no fuera el frío sanguinario que repercutía en mis venas. De pronto retrocedió el vehículo. Estacionó de inmediato en un hotel de paso. Me hizo el amor en idiomas impensados; incluso hasta unos segundos antes de que se vislumbraba el amanecer. Durante días mi clítoris permaneció húmeda. Con cada beso de despedida sentía que se vaticinaba un atisbo de conflicto en un corazón donde siempre era París. Nos convertimos en un matrimonio envidiable. Pero distintos hábitos y costumbres hicieron de un amor florecido, una contienda sin fin. Los minutos, los días, las semanas, se transformaron en una obsesión ante la ausencia de intimidad. Sus rechazos permanentes provocaron que el sonido del silencio tomará forma en un cuerpo que se alzó sobre el azul infinito de mis fantasmas interiores.

Los lunes amanecía con lodo, los martes se desangraba la piel, los miércoles, la incertidumbre

envejecía mi ánimo, los jueves salía el sol, los viernes se mantenía soleado, los sábados, se atenuaba el éxtasis en la cama de mimbres, el domingo, tanto la lejanía como el rechazo. El resto de los lunes siguientes; el martirio de volver a sentir por los seis días de la semana restantes... Así durante nueve largos meses.

La crudeza en la expresión de sus negativas, en contraposición a la suavidad de su mirada, tallaban de desconcierto las noches a su lado. Los silencios condujeron al enojo. Los constantes enojos al resentimiento. El rencor a las palabras hirientes que se guardaron en el cajón de la cómoda cuando fueron reemplazadas por cariños inesperados. El día se oscureció. Las nubes grises dejaron en mi mente los vientos de otros infortunios....

II

La empleada me hacía su pregunta de rigor una y otra vez pero mis oídos no atendían su llamado. De pronto, un agudo sonido de sirena, volvió de golpe mi vista a la empleada, quien correspondió a mi solicitud. Observé detenidamente la presencia de una mujer; de edad muy avanzada, en compañía de una hermosa niña. En muy pocas oportunidades le respondía a la señora con monosílabos; de voz temblorosa y cabeza agacha. Una lágrima brotó de mis ojos cuando atesoré la actitud sumisa en el rostro de la pequeña. Recordé parte de mi infancia.; las interminables noches junto a Mercedes, mi madre.

Era una tarde cálida de verano. Mercedes me pidió que me pusiera la ropa que había dejado en el vestidor y me hiciera un recogido decoroso para acompañarla a la

Iglesia. Me prohibió emitir cualquier tipo de palabra que no fuera autorizada previamente por ella.

Mi padre vivía encerrado en su habitación, postrado en una cama; víctima de una enfermedad que la ciencia nunca pudo detectar. Mi madre apenas me permitía verlo unos instantes y sólo se vez en cuando. Permanecía callada durante la casi hora en la que estaba junto a ella, con el Rosario en mano. La Capelina negra me cubría el rostro. Inclinaba mi cabeza siempre que se acercaba la gente a ofrecerme su cordial saludo. De regreso, me obligaba a permanecer en mi habitación hasta que ella dispusiera lo contrario. Aquel recuerdo, de ese día en el que me encerró en el baño del primer piso, no salía de mi mente. quedé toda la noche encerrada. Tomé una toalla. Me cubrí el rostro lleno de lágrimas. Abrí hasta el fondo la canilla de la ducha. Arranqué un rollo de papel higiénico. Lo incorporé en la boca. Lo presioné fuerte con los dientes. Me arrodillé dentro de la bañera de bronce y allí estuve hasta el amanecer. Dormitaba

cuando alcance a oír a mi madre hablando con Flora, la empleada. Le mencionó que ya había sido suficiente castigo y Flora me sacó de inmediato. Me acostaron sobre el ancho, grande y acolchonado sofá del comedor. Mi madre, luego de supervisar que todo marchara bien con el almuerzo, se acercó a mí; de ese modo solía percibir su olor. Me sacudió el talón con un pequeño cosquilleo para despertarme. Los besos estaban negados. Me cubrí el rostro con la frazada y Mercedes me lo quito con la Unión de su dedo índice y meñique. Me ordenó que me sentara para el deleite del almuerzo...

El cuarto domingo de cada mes, incorporaba a mi desayuno una tostada, una cucharada de queso y medio bocadito de chocolate. Me exigía sentarme a su derecha. Media el tiempo en que digería cada bocado. Antes de terminar el desayuno, le ordenaba a Flora levantar y limpiar la mesa. Ya había seleccionado la vestimenta. La empleada me dejaba pulcra e impecable para asistir a las misas de las 9:00 am en la

catedral Basílica. La camisa de seda blanca entallada a la altura de la cintura empujaba el poco gusto hacia arriba y la tornaba estrecha. La falda de algodón, color manteca, ajustada en las caderas, tenía forma acampanada. Me llegaba hasta las rodillas. La amplitud del sombrero tenía ornamentos florales. Mi ondulado cabello castaño claro no lograba distinguirse. Cada palabra de mi madre infundía en mí, una actitud de obediencia. En determinados momentos me quitaba el velo. En instancia de reverencia me obligaba nuevamente a ponérmelo. Terminada la misa, me hacía a un costado para darle paso primero a ella, y detrás, bien alejada, yo...así caminamos en dirección a la casa.

Mi madre me sirvió sopa de vegetales; mientras que ella un abundante plato de carne roja con legumbres. Llevaba el control diario de mi peso. Durante el almuerzo, el silencio entre nosotras, se cortaba en el aire. No se permitían los diálogos en el almuerzo. La comida requería de un deleite en silencio. Quería

gritar, llorar, abrazar, revolcarme en el suelo, jugar, pero sólo debía callar. No había lugar para tristezas. Mi vida reciente de soles; un sarcófago de puertas encadenadas. A menudo caminaba por los pasillos de la casa. Me escuchaba llorar pero su corazón endurecido sólo seguía de largo. Lo compensaba con pequeñas atenciones a las cuales les ponía sus límites y exigencias. Tenía por costumbre hablar en voz baja con Manuel, mi amiguito de ocasión. Le hacíamos trenzas a las muñecas que el traía. Me incitaba a disfrazarme y según los tiempos hasta me platicaba de Dios. La acelerada pisada del taco del zapato, apoyado sobre el parqué, era signo de que mi madre se aproximaba. De inmediato la presencia de Manuel se disipaba en el aire. Mi madre me llevó al mirador principal de la terraza. Desde allí observamos a los vecinos, hombres de trajes de etiqueta en compañía de sus esposas calladas y sumisas; cubiertas de ese tul azulado que les tapaba el cuello. Descendía la tarde. El sol comenzó a ocultarse. La aguja del reloj marcaba las 19:15 p.m. Para

mi madre era momento de reposo.

Años más tarde contemple la silla mecedora donde solía meditar a primeras horas de la mañana. Estaba vacía. Sólo colgaba de ella la prenda de vestir que usó la noche anterior a su muerte. Aún se conservaba caliente su respaldo. Todavía con un leve movimiento como si continuara allí...

III

Un niño tocó mi mano. Al voltear, vi su ropita andrajosa, sus cabellos enfurecidos de mugre, sus pupilas impregnadas de tierra mojada. quedé tan sorprendida que la taza de café se resbaló entre mis dedos. Una gota de chocolatada, aún caliente, quemó mi Palma. Me pidió disculpas. Me suplico que le diera un dinerito. Sin embargo me pareció más conveniente ofrecerle unas masitas dulces para su estómago vacío. Agarró su comida bruscamente y se fue. Vino a mi mente uno de aquellos tantos días en los que se repetía el mismo ritual católico nefasto. Mi pensamiento se detuvo de pronto tras observar a una joven que salía del baño con sus vestiduras negras, un maquillaje tan oscuro que apenas lograban vislumbrarse sus ojos celestes. Tenía un gran pierce en su nariz. Su mirada se

detuvo sin parpadear en un cuadro que reflejaba un paisaje de acuarela. Ya llevaba más de quince minutos observándola. De pronto sobrevinieron los recuerdos de mi juventud. Tenía más o menos su edad; sola y sin padres. La imprevista tormenta de esa noche se hacía esperar. Los relámpagos iluminaban las casas de la ciudad con fuerza. Se cortó la luz. Comenzaron a escucharse tenuemente los truenos. Caían pequeñas gotas seguidas de un granizo. Busqué una musculosa amarilla de seda y un corsé a cuadros de mi madre. Por encima me coloque un saco satinado y los zapatos puntiagudas de mi padre. Mi cuerpo continuaba temblando. Me propuse hacer cosas para distraerme. El cielo parecía venirse abajo. Fui a la cocina. Me preparé un gran plato de pastas frescas con carnes blancas. Al terminar continúe con otro plato y luego otro.... Abracé el calor de mi vientre. Mi piel sudaba frío. Llame a gritos a Manuel pero sólo regresó el eco de mi voz y una terrible soledad. Un trueno cayó a pocos metros del jardín. Acto seguido; una lluvia

torrencial. El cielo para ese entonces tenía forma de tumba gris; ancha y profunda. Permanecí sentada, sin hacer nada. Mis sentidos por algún motivo incierto empezaron a agudizarse. Conté cada gota. Sentí en mi piel la particular forma en cómo se deslizaba sobre el angosto pavimento que se encontraba alrededor del pasto del jardín. Esas gotas constantes me transportaron a las afueras de la casona. La primera cayó sobre mis cejas fruncidas. La segunda tocó mi hombro y la siguiente se detuvo en el aire, frente a mí; a la altura de mi pecho. Tenía la imagen de mi madre. Por segundos crecía, luego decrecía. De pronto se prendió en mi muñeca. Hacia tanta pujanza que se moraban mis labios. La gota seguía ahí, irreverente. Busque alejarla. Rasgue con violencia mis vestiduras. Apoyé, de manera impulsiva e instintiva, mi frente sobre la pared. Al voltear mi rostro se desprendió de ella la sonrisa ensorberbecedora de Mercedes. El destino quiso que de este modo conociera su sonrisa. Ese segundo compensó el dolor y la agonía de una infancia

entre penumbras. Cuando recobre el conocimiento escuché ruidos de canillas; el eco de muchas voces diferentes. Una puerta se abrió. Un hombre vestido de blanco comenzó a hablarme. Me contó que un vecino había escuchado ruidos extraños que despertaron su curiosidad. Se adentraron en la casa, saltando la alta tapia que cercaba el hall. Me vieron desvanecida. Limpiaron la sangre tanto de mis lagrimales como el de mis muñecas. Enseguida llamaron al centro de psiquiatría. Se fue sin permitirme al menos expresarme. Desde entonces permanecí adormecida la mayor parte del tiempo, rodeada por paredes acolchonadas.

Esos años de tortura impuesta por el dominio de una familia aristocrática condenaron mi juventud a raíz de esa madrugada. Los pocos instantes, en los que permanecía despierta, parte del pasado retornaba a mi mente forma confusa; otras ni siquiera se hicieron presentes. En algunos otros momentos pensaba en el lector con la intención de que me rescatara de este

laberinto o bien escribiera de mí un nuevo giro en la historia, otorgándole un final diferente... intentos fallidos. Esta ciudad se sirvió de mí como si fuera su flora; me envolvió en conflictos que eran suyos. La eterna Alejandría... la que me condujo a descubrirme mediante abstracciones extrañas...

IV

Una noche, de copiosa lluvia, más despierta que nunca; las letras fueron mi aliada. Con ellas intercambiábamos experiencias y penurias. Ambas con el alma gris y un espíritu sometido a una eterna Alejandría. Las letras vinieron vestidas con esa apariencia noble de ciudad relegada que conducían el lápiz en movimiento sobre el manuscrito. Yo sólo fui su instrumento. Me subestimaban con sus locuras textuales que colapsaban sobre mí, el comienzo de sus noches. Sus visitas nocturnas me suponían entrar en ese universo de estremecedora irrealidad. Poco antes del amanecer se detenían. Las dejaba debajo del colchón. Al caer la noche; el mismo ritual. De pronto me vi siendo parte de un texto; materia inerte sujeta a la insistencia de las letras con el propósito de escribirme y reescribirme. Mientras ellas

continuaban expresándose a través de mis manos, yo pensaba en el lector. Aquel que tiene la capacidad de regenerar nuestras vidas con sus sentidos imprecisos, sus ambigüedades y la multiplicidad de sus interpretaciones. A ese lector evoque en voz alta para que con sus lecturas me brinde respuestas... todos fueron intentos fallidos. Ni aún ellos sabían el o los motivos de las letras en usarme como instrumento de manipulación. Pasaron más de tres meses. El manuscrito culminó. Las letras me liberaron del tormento. Me leí, me releí; de pronto aflor**ó** en detalles la subjetividad de esos recuerdos faltantes. Las letras; esa ciudad colmada de lectores, se sirvió de mi como si fuera su flora. Pero al final no fui más que un afiebrado silencio pujando en la puerta...

V

Llamé a la empleada. Le pedí una Copita de coñac. Apenas bebí un sorbo para aplacar el crudo viento de mis pupilas dilatadas. En ese momento un hombre me encandiló con el flash de su cámara en dirección a mi rostro. Me levanté para reclamarle. Fue cuando observé una gran cantidad de fotografías de todo tipo, tendidas en los extremos de la mesa. Mi molestia disminuyó un poco cuando visualice con detenimiento la profundidad en las imágenes de los objetos y la forma en que se fijaban sobre una capa sensible, material a la luz. Retratos casi exactos de la Torre Eiffel, la Catedral de Norte Dan, la avenida de los campos elíseos, el museo de lauve, y de una forma llamativa, cada espacio de la plaza mayor y las fachadas emblemáticas ubicadas en la zona céntrica de Chicago.

Imposible no mencionar ese enorme encuadre de un paisaje con una trémula nube gris y en centro un espejismo de cabellos dorados, adornado por el sudor de unos labios rojizos y coloreado por un contraste montañoso. Se sacó con lentitud los lentes. Con un gesto sagaz me insinuó el deseo de que me sentará a su lado pero le di la espalda de golpe y me volví a incorporar en mi perplejidad.

La textura, la variedad de imágenes retratadas, impregnadas de colores vivos, iluminadas por la pasión, resignificaron mis corto tiempo de escritora posterior a los días de encierro. Al principio solía retratar sobre el papel los elementos de la naturaleza; paisajes de toda índole. Con el correr de las semanas, a causa de las vivencias diarias, puse palabras donde sólo habitaba el silencio: al movimiento de la calesita vacía sobre los parques, al contacto de mis pies con la arena de la playa, a la soledad asfixiante de mis años febriles, al valor de las cosas intrascendentes para cualquier hombre común, (ya imaginarán cuáles son).

No me importaba si las palabras tenían relación entre unas y otras. Sólo me conformaba con complacer al lector con unos buenos versos. Pensaba en darle cuerpo a ese manantial léxico y reconfortarme con la travesía de mi propia construcción. Muchos fueron los meses en los que me invadieron los vacíos llenos de abrumante palabras con una Real urgencia por tomar cuerpo y pulmón en el universo de la tinta, sin embargo quedaron presos en la revolución interior.
Ahora quedaba la mujer vacía sentada en una desolada mesa, en compañía de un coñac no terminado y su inexplicable sentimiento de soledad….

VI

Un sonido estridente asustó a dos jovencitas que estaban sentadas en la barra del bar. El temblequeo de sus manos provocaron que cayera la Biblia que cargaban con recelo. De pronto vinieron a mi mente aquellos rituales impuestos por mi retrógrada madre. Para Mercedes bastaba un padrenuestro o un ave María para purgar mis pecados y que de ese modo consiguiera el favor, la redención y la salvación de mi alma.

La presencia de Manuel le daba color y luz a mis días. Cuando me hablaba de Dios, no se refería al muñeco de yeso que mi madre veneraba mediante una oración repetitiva cada mañana, sino de un Cristo, Padre, con quien podía hablar como nunca lo pude hacer con ambos, a través de una relación personal. Capaz de escucharte, entenderte, perdonarte,

acunarte en el fuego de sus dorados brazos, brindarte una paz que trasciende las circunstancias y aún más; un Dios que pagó con su vida en una cruz para perdón de mis pecados, otorgándome una vida eterna a su lado que se reduce al hecho de creer en el como único Señor y Salvador . Ese Dios que me mostró Manuel fortaleció mis pesados y grisáceos días recientes de soles. No me permitió flaquear ni vencerme. Me brindó una luz en mis mañanas, tan llenos de nada. Años más tarde con mi madre ya fallecida solía orar y al hacerlo, la angustia y opresión eran reemplazados por un Estado de paz y bienestar casi indescriptible. Desde mi desconocimiento e ignorancia sentía que al doblar mis rodillas ante su presencia, los cielos se movilizaban a favor de mi clamor. Llanto, llanto, llanto... más quebranto... y de repente ahí estaban nuevamente los recuerdos: resentimiento, falta de perdón, menosprecio, ausencia de libertad. Sin embargo todo lo que vivo tuvo un propósito. Me permitió conocerlo. Mi vida incierta pudo haber tenido el más cruel

desenlace frente a tanta adversidad e infortunios. Su manto de misericordia me alcanzó en todo momento.

Las peores desdichas y desgracias por las que atraviesa el ser humano no sólo son puentes para la victoria y la lucha, sino que a veces llegamos a viejos sin poseer respuestas. Pero allá, en esa eternidad prometida nos serán reveladas.; mientras tanto el hombre sólo debe creer y confiar aún sin ver, aun padeciendo, aún en contacto con la oscuridad y la muerte.

Pasaban los minutos y yo continuaba suspendida en los hilos de mi paz, tendidos una vez más sobre el mismo espacio vacío y silencioso...

VII

Un hombre de vestiduras gastadas, notoria dejadez en su aspecto físico y en estado de ebriedad, empujó con fuerza la puerta principal del bar; se abalanzó sobre una de las empleadas. Levanto una de sus manos para exigir atención. Como la empleada no lo atendía, le tiro la bandeja con cierta violencia. Luego se hizo a un lado y el hombre sin titubeos se sentó en una mesa individual, ubicada al costado de la puerta de entrada. Gritaba desaforadamente para que alguien lo atendiera. El dueño se acercó a pedirle en forma sutil y cordial que se fuera pero el hombre no escatimó en confrontado. La situación se ponía cada vez más tensa y ante sus negativas y agresiones verbales, lo sacaron por la fuerza. Minutos después, el dueño visitó cada una de las mesas ocupadas por clientes. Se disculpó por tan lamentable incidente. En todas repetía el mismo

discurso:-no solemos permitir el ingreso de gente de tan baja categoría, mucho menos indigentes-. Esas palabras reabrieron el cajón de mis recuerdos. Las hojas marchitas de los árboles caían encima de nuestras cabezas mientras regresábamos a la casa. Yo siempre detrás de Mercedes. Nos detuvimos en la esquina de la avenida Gallado a esperar que los vehículos nos dieran paso al cruce. De pronto el llanto desgarrador de un niño pequeño. Le suplico a Mercedes que le diera unas moneditas. Mi madre lo miro de pies a cabeza, alejándose sutilmente de su cercanía. Le hizo un gesto sobrante con una repulsión que me hizo enfadar. Sin embargo yo debía callar. El pequeño nos siguió hasta la puerta de la casa. En todo el trayecto suplicaba con insistencia por sus moneditas. Y justo antes de entrar mi madre le vociferó-"inmundo- y lo empujó con fuerza. El pequeño se levantó con dificultad. Le escupió sus zapatos de cuero y se fue tan molesto como satisfecho. Una semana después nuevamente la visita a la Iglesia.

Otra vez el mismo sermón. Nos sentamos en la segunda fila. Desde allí escuché mejor el sermón del cura. A veces tartamudeaba; otras parecía no saber lo que estaba leyendo. Sin embargo, los fieles parecían no inmutarse frente a lo repulsivo.

Me asqueada ser parte de la ofrenda. Los colaboradores del cura recogían dinero dos o tres por fila. Cuando subían al atrio le hacían gestos de desagradó al cura. Mi madre, entretanto, ensimismada en su risa sarcástica.

Di vuelta la cara y luego de algunos minutos había desaparecido de mi vista ese cruel hombre junto a la desfachatez de su comentario. ..

VIII

Una mujer atravesó la puerta corrediza que daba al baño de mujeres. Cargaba en sus brazos a su beba. Recordé a mi pequeña Lara. Con cada día que amanecía la abrazaba, la miraba, y en sus ojos, mi alma encontraba consuelo. Por las noches, mientras la hacía dormir, siempre recordaba el día que la concebí. Cada gota de semen derramada en mi vagina me confirmaba que mi amada hija ya no era sólo un verbo proclamado sino carne en mis entrañas. Desde entonces la amé por lo que representaba: fruto del amor de mi vida. No tuve la complacencia necesaria. No modifique mi carácter para que menguara la relación; me hicieron responsable de la distancia, la separación e incluso tantas otras situaciones extremas. Sin embargo actúe en base a lo que creí y sentí.

En todo el tiempo de ausencias pensé en un posible odio, en el hecho de que pudo haber rehecho su vida y haber encontrado en el cuerpo de otra, mi aliento, mi perfume, mi orgasmo, mis palabras y mis silencios, aunque jamás se desprendió de mi pensamiento los efímeros momentos en los que lo hice mío. El alma le tembló entre mis brazos, lo enloquecieron mis besos, se sintió hombre en mi piel. Todo en mi seguía haciendo eco en julio. Habían pasado un poco más de un año y aún estaba vivo en nosotros la sombra del resentimiento, el odio y la falta de perdón. Asimismo, nuevas vidas comenzaron a hacer alarde en ti pero en tu rostro se veía que no conseguían hacerte vibrar. Al amanecer se percibía tu insatisfacción, la podredumbre de haber hecho sólo lo que le dictó tu débil carne. La intranquilidad fue tu abrigo; mi recuerdo... tú condena. Sé que en las extrema de tus soledades te arrepentiste de haberme abandonado en todas las formas en las que se abandona a una mujer. La soberbia continuaba siendo

la nueva morada de nuestros corazones.

Ahora sabía que hacer exactamente. Llevar las situaciones por el camino de lo correcto. Estaba preparada para el amor y sus fronteras. Aunque ello implicará que el destino me atravesara con sus sagas. Ese julio al que identificaría al instante y con quien tendría que batallar como leona enjaulada por el futuro, por el porvenir, por los afiebrados silencios…pero…juntos…juntos…

IX

La figura de un hombre solitario sentado en el cordón de la calle; al que miré a través del vidrio de la ventana, trajo a mi memoria la última escena junto a Ernesto, mi padre. Su respiración entrecortada, el apenas visible temblor de sus largas piernas cruzadas, su rostro inclinado, ese sucio traje negro que disimulada bastante su contextura física deteriorado... y ese yo no se qué me transportaba al recuerdo de Ernesto. Tras muchas horas de ausencia y negativas, mi madre, me había concedido la dicha de verlo... aquella tan especial e inolvidable noche.

Nos reconocimos mediante un beso. Extendió sus brazos en un impulso. Pero le resultaba difícil mantenerlos firmes durante algunos segundos. Su mirada penetrante seguía despertando un cosquilleo en mis retinas. Me pidió que sacara de la mesita de luz

un libro. Tenía más de doscientas páginas, de tapa dura. Cuando lo tomé por primera vez se me cayó de las manos. Lo levanté y enseguida lo puse sobre sus piernas, en la primera página. Le puse sus lentes de lectura y comenzó.

Era un excelente narrador. Las pausas, la tonalidad rítmica con la que se expresaba, infundían en mí un placer indescriptible. En los momentos de diálogos entre los personajes, su tono cambiaba, su gestualidad variaba tanto que por momentos pensaba que hablaba con esos seres ficticios. Ni siquiera el movimiento de mis dedos al girar página por página lo distraía.

Confieso que, aunque lo observaba con grato placer, de todos modos mi mente sólo volaba en el pasado, en la nostalgia de recordar esas injusticias en manos de Mercedes. Siempre con diálogos frívolos y sutiles.

El rostro de mi madre se transformaba cuando se veía obligada a repetir una pregunta o un simple comentario debido a la discapacidad auditiva de mi padre. Su sordera la ponía de muy mal humor. Con el

paso del tiempo todo su organismo se fue deteriorando hasta quedar postrado en una cama. Desde entonces, las lecturas de Gabriel García Márquez, realizada casi siempre con ayuda de Flora, le otorgaron efímeros instantes de luz en medio de tanto penumbra. De pronto y sin darme cuenta el libro se cerró en la página cincuenta y siete. El sonido me devolvió la concentración perdida en los pérfidos recintos de mis pensamientos. Me comentó con detalle la historia de los personajes hasta esa última página que leyó como si hubiera presentido que no lo escuchaba. Ernesto amaba el arte, se dejaba acariciar por los ambientes y los obstáculos de esos entes ficticios, los sentía en la piel como seres de carne y hueso.

Algo mucho más fuerte que mis sentidos e intuición me retornaron a la habitación de mi padre; luego de muchos intentos de provocarle el sueño. Estaba plácidamente dormido. Un movimiento de improvisto hizo que Ernesto sacara sus manos de

debajo de las sábanas. Vi sangre en las yemas de sus dedos. Me acerqué con pasos muy lentos. Hice varios intentos por tocarlo pero terminaba retrocediendo. Cuando al fin lo toqué, ya su cuerpo estaba helado.

Mercedes decidió que no lo velarán y tampoco que la acompañara al cementerio. El destino se abalanzó contra mí con dureza. Ultraje mis días de muñecas; mi alma integra, de razones pequeñas. Mi padre había alimentado mis días vacíos, con su luz trémula.

Me dejo la verdad más oscura del universo para mis futuros despertares...

X

...Muchos años después regrese a la casa de mi infancia. A pesar de la humedad de las paredes, la tierra mojada de los muebles y el desagradable olor a encierro... todo lo demás permanecía igual. Fui al patio. Me senté en la silla mecedora de mi madre. De repente apareció mi hija, brincando por todo el jardín. Le obsequié una sonrisa acunada por una lágrima. Fue entonces cuando Julio se acercó a pedirle que fuera a cenar... Julio se volteó, me miró, se sentó a mi lado. Le di un beso en la frente, para lo cual mi amado respondió con un gesto perplejo. Luego de mirarlo, su vista a la luz, dejó de ser... toque su hombro y percibí el frío de una parte de su cuerpo. No tuve tiempo para llorar. Lo alce y antes de cualquier cosa, lo llevé a dar un corto paseo. Pero solo caminé un trecho ya que el

cuerpo de Julio comenzaba a sudar frio. De regreso entré en una florería. La empleada estaba distraída acomodando unas flores pero al escuchar el cierre brusco de una puerta se dio vuelta creyendo que se trataba de un asalto. Cuando vio la situación quedo tiesa, sin reacción. Le pidió que reaccionara y me vendiera unas orquídeas. Solo en ese momento reaccionó y fue por la corona. La empleada luego quedó mirándonos hasta perdernos de vista. Su cuerpo se desvanecía por falta de fuerzas. Exclamó un grito de auxilio y Lara vino rápidamente. A pocos metros consiguió observarme mejor. Cargaba en mis hombros a su padre y en mi cabeza; la gran corona de orquídeas. Prepararon todo para sepultarlo en el jardín de la casa. Ese quizás hubiese sido su deseo. Y a los pies de su amado, le dediqué unas palabras: Oh el más hermoso de todas los hombres! Vamos allí donde las mandrágoras han dan grato olor, a nuestras puertas hay toda suerte de dulces frutas nuevas y añejas: allí te besare, te haré beber vino adobado del mosto de mis

granadas. Siempre te amaré mi amado. Descansa… Descansa… Cerró el cajón y con lágrimas en sus ojos abrazó a su hija, quien estaba aún sorprendida por la muerte repentina de su padre…..

XI

Un hombre caminaba a pasos muy lentos con su rostro cabizbajo. De forma inesperada levantó su mirada y al verme, sus ojos quedaron suspendidos sobre la mía. La intensidad de su mirada seguida de un suspiro me transportó al recuerdo de julio cuando lo conocí por primera vez. Quizás por una cuestión intuitiva esa mañana abrí el buzón de cartas. En una de ellas, se invitaba a mi madre, a participar de la cuarta celebración cultural de la ciudad de artes. El círculo pequeño de amistad que tenía mi madre y al que casi nunca visitaba a no ser por cuestiones de beneficio personal, era muy cerrado. En esta oportunidad el legado continuaba, pero quienes honraban los festejos anuales eran sus hijos. Aunque siempre había vivido sin pretensiones festivas; se despertó en mi la curiosidad y fui.

Al llegar, me dirigí al jardín Real. Me impactó la agraciada estructura del evento y el fondo adornado por corales amarillos. Observaba sin detenimiento mientras caminaba despacio. De pronto, de espaldas, me susurran al oído un "buenas noches". Esas palabras provocaron un escalofrío. Me di vuelta. Un hombre bien parecido, se presentó como el patrocinador del evento. Tuvo la delicadeza de ser mi compañía durante el tiempo en que duró el evento. Me mostró signos de caballerosidad, elegancia, y una suerte de sagacidad que se escabullía entre sus muñecas. Parecía un hombre de gran sabiduría; para cada pregunta precisaba una suerte de retórica, ante cada elogio unas discreciones de célebre encanto.

Las horas pasaban y julio comenzaba a tomarse otras libertades. Acarició mi pelo, sus manos se movían sobre mis pupilas descendiendo hasta el cuello. Se acercó hasta mi boca. Bebió el licor a frutillas de mis labios a pesar de tenerlos tan sólo un centímetro de distancia. Me miró los ojos durante largos minutos y

desde allí habitó en la profundidad de mi piel.
Conversamos la mayor parte de la noche, ajenos a la muchedumbre. Y el resto de la noche nos desnudamos para penetrarnos hasta la salida del sol.
El evento culminó. Julio rosó mis manos, luego de varios saludos simulados para dilatar más el deseo de no separarse. Seguidamente besó el polvo suspendido de la arboleda de nuestras páginas doradas de una historia abierta para marcharse con la arruga de un ramaje impregnado de expectativas por volver a vernos.
Se había ido y yo había quedado simplemente insatisfecha. Pasaron muchos meses e incluso un año sin saber nada de Julio.
Una tarde apacible, me senté en la terraza. Luego de algunos minutos visualice un hombre parecido a Julio. Baje y corrí tras él. Fue entonces cuando me vio y en un abrazo extenso sentí mi alma incorporarse al cuerpo.
Decidimos casarnos. Fue una ceremonia cálida, íntima, emotiva pero corta. Tan corta como nuestro

primer matrimonio. Nuestra primera Unión ante Dios y los hombres fue catastrófica; de idas, de vueltas; de violencia, agresión, desacuerdo e innumerables infortunios. Nos distanciamos. Después de un poco más de ocho meses nos divorciamos. Y estuvimos por dos años sin saber nada el uno del otro. Pero el destino irrumpió el transcurso de nuestros días con la fuerza de un huracán para hacer de la voluntad humana un lecho incierto. Julio me buscó. Se arrepintió. Me prometió cambios mientras me besaba el abdomen y acariciaba mis senos con sus secas manos. Me prometía cuidarme, entenderme y amarme mientras deshagoba su pasión desmedida en mi vagina. A la mañana siguiente conversamos como nunca antes lo habíamos hecho. Hicimos algo que nunca pudimos: nos pusimos de acuerdo. Pudimos consolidarnos como un matrimonio pleno por más de quince años... pero la muerte de mi fiel compañero idóneo alteró lo que tal vez se encontraba ya escrito...

XII

A mi pequeña Lara, cuando le resultaba difícil conciliar el sueño, siempre le leía los versos del Palacio encantado. Tenía apenas dos años.

Recuerdo esa fría noche de invierno, como si hubiese sucedido ayer. Para estaba muy inquieta. Los versos que siempre le ayudaban a conciliar el sueño, en esta oportunidad produjeron un efecto inverso. Lloraba sin motivo aparente. Tocaron la puerta principal y ella en un impulso me abrazo fuerte con sus piernas Temblorosas. Eran casi las cuatro de la madrugada y el llamado insistente de la puerta hizo que me levantara a abrir la puerta. Una pareja joven, se adentró sin permiso a la casa. Se sentaron en el sofá del comedor. Obsevaron la casa por segundos y luego se miraron entre ellos y el temor no me permitió preguntar el motivo de su visita a esa hora. Les ofrecí tecito y

respondieron con una afirmación. Mi niña Lara, tomó sus juguetes y se los dio a una nena que estaba junto a ella. Lara repetía: nena... nena... y la señalaba a cada momento. De pronto mi niña gritó y fue cuando comencé a escuchar ruidos de saltos, gritos desgarradores. No presté atención ya que creí que era producto de mi desvelo. Pero la sombra de la pequeña seguía nuestros pasos. Cuando me senté a compartir el té con la pareja les mencioné si habían detectado la presencia de una niña y el joven contestó con una rapidez contradictoria pero maravillosa que se trataba de su pequeña ya fallecida quien siempre los acompañaba con esa protección de niña juguetona. La naturalidad con que mencionaban dicho acontecimiento me obligó a pedirles que se fueran poniendo como excusa el cansancio. No me importaba saber el motivo por el cual se habían adentrado a la casa tan abruptamente. Sólo quería que se fueran. Sentí un fuerte golpe que provenía de la cocina. Tomé a Lara y fuimos juntas. Al llegar vimos la puerta interna

abierta de par en par. Afuera de la puerta, había un pasaje; el mismo conducía a la calle. Cuando intenté cerrar la puerta volví a ver la sombra de la pequeña. En esta oportunidad me llamaba. Su llamando era totalmente hipnótico. Con Lara a upa, fui tras ella. Disuadida por su presencia no advertí la rapidez con que un automovilista se acercaba. Éste, ante la oscuridad de la noche, no me vio. Alcancé a alejarme a tiempo pero el auto arrasó con los padres de la pequeña quienes cruzaban la calle en ese momento Lara intentar alcanzar a su niña. Murieron en el acto y la sombra de la pequeña se disipó...

XIII

De pronto el bar, se encontraba vacío. Todos se retiraron sin que yo pudiera percibirlo. Y una vez más la empleada se acercó para decirme que en breve cerrarían. Sin embargo algo le faltaba a mi existencia para completar el sentido por el cual entre y me sucedieron los acontecimientos ya narrados previamente.

La mujer con su pequeña niña de actitud sumisa, las jóvenes de vestimenta tan peculiar, con sus biblias en mano, el hombre de ropa andrajosa sentado en el cordón de la calle, ubicado en las afueras del bar, el niño que se adentró a ese recinto con la intención de que le regalase unas monedas, el dueño del bar quien repudio al hombre que exigía en forma distintiva atención, el joven dotado de talento fotográfico... y tantas otras realidades que mis ojos detectaron y a las

cuales no mencione…situaciones tan colmadas de sigilos y palabras. Cada situación fue el reflejo febril de mi vida; de mis hechos pasados, de mis hechos presentes, de aquellos que se continuarían forjando…

Con la fuerza y la astucia de su naturaleza dominante, entró Lara al bar; sus ya dieciocho años se notaban con claridad. Es una jovencita agraciada, de belleza única, de facciones que se recuerdan con solo verla una sola vez; de muy poco dialogo, amante de las artes literarias… lo que no dice se expresa en su mirada. Su sonrisa es puro misterio pero con efectos hipnóticos. Ella es el acertijo de mi madre. Ella es la salud y la dicha de mi padre. Ella es la pasión y la incondicionalidad de Julio, su Padre. Ella es el retrato de las generaciones muertas y las venideras. Ella es el legado de mis aspiraciones inconclusas. Lara es la inteligencia prudente de mis arrebatos. Se, que al final de este camino, que se aproxima como una tormenta repentina, la fiebre de lo no dicho, de lo no sentido, de lo no vivido se transformara en verdades en la pluma

inherente que usara Lara... Me besó y me fundí en ella, con un abrazo... Al fin estábamos juntos... desde ahora y por la eternidad.

El derrumbe sorpresivo de mis victorias y fracasos como la decepción con que el auge de ese día me había sorprendido, alteró por siempre los afiebrados silencios de mi vida.



Acerca de la Autora:

Solana Gilardi nació el 27 de diciembre de 1982 en la provincia de santiago del estero, capital. termino sus estudios secundarios en el instituto laura vicuña. curso el profesorado de Lengua y Literatura en el IES N 8 Angela Capovilla de Reto.

Se inicio como docente en el colegio alfredo furniss. En los primeros años de su carrera ejerció la docencia en el interior de la provincia. Actualmente trabaja en colegios de la capital.

Participo de diferentes cursos, jornadas y talleres a nivel provincial, participo del congreso sobre dispositivos pedagógicos en el forum.

Dicta actualmente el curso de: redacción administrativa en la Universidad Nacional de Santiago del Estero. asimismo coordina proyectos personales en relación a la lectura y escritura creativa. tiene a su cargo grupos de lectura.

Desde muy pequeña se intereso por la lectura del genero lírico, teniendo como referente a Pablo Neruda. Ahora incursiona en el terreno de la narrativa. Considera a la escritura como la representación mental y emocional de la subjetividad del ser humano.

Indice

Prólogo	
I	11
II	15
III	21
IV	27
V	29
VI	33
VII	37
VIII	41
IX	45
X	49
XI	53
XII	57
XIII	61
Acerca de la Autora	65

editorial equinoXio
La Editorial que Imprime Sueños

Este libro se terminó de imprimir en el Centro
Digital de la Editorial Equinoxio, ubicado en la
Ciudad de Mendoza - Mendoza - Argentina
32°52'01.2"S 68°50'57.9"W
En una templada mañana de silencios,
el 10 Setiembre de 2018.